

CONSTANTINOPLA, TARRACO Y CENTCELLES*

Todavía en vida, el emperador Constantino, que murió en Mayo del año 337, dispuso la construcción de su propio mausoleo en la capital que él había fundado y que llevaba su nombre, Constantinopla. Podemos especular sobre la fecha: en torno al 334/335. Su biógrafo Eusebio de Cesarea lo explica claramente: los habitantes de la ciudad pensaban que estaba construyendo un *martyrion* dedicado a los Apóstoles pero —dice Eusebio— “él tenía otra idea en la cabeza, que terminó por ser evidente a todos: se preparaba su propio mausoleo” (*Eus. VC, IV, 60*). Prepararse un mausoleo era una vieja tradición imperial. Mucho tiempo antes de morir, Augusto, el año 27 a.C., ordenó la construcción de su inmenso mausoleo en el Campo de Marte a orillas del Tíber. Adriano comenzó los trabajos del *sepulchrum Antoninorum* en el año 130, ocho años antes de morir. Lo mismo podemos decir de Trajano o de la dinastía flavia. Las grandes familias romanas se enterraban conforme a la morma y la ley en tumbas que acogían a los distintos miembros de la misma *gens*. Marcello, Agrippa, Lucio y Gayo, su esposa Livia, él mismo Augusto y otros Julio-Claudios se enterraron en el *Mausoleum Augusti*, también denominado, precisamente por su carácter familiar, *tumulus Iuliorum*. El *Templum Gentis Flaviae*, en la colina del Quirinal, acogió a los miembros de la dinastía flavia; el sepulcro de Adriano, a los antoninos —reales o de adopción— el *sepulchrum antoninorum*. Si por cualquier circunstancia el miembro de la familia muere antes de la terminación del mausoleo o en un lugar dis-

* Una versión en alemán de este trabajo, acompañada del correspondiente aparato crítico de notas y bibliografía, será publicada próximamente.

Por el momento he preferido dejar mi texto como lo que fue, una conferencia en la Real Sociedad Arqueológica Tarraconense. Debo agradecer además al Instituto Arqueológico Alemán de Madrid, especialmente a su director H. Schubart y al Dr. W. Trillmich, por la oportunidad que me dieron de celebrar un seminario en su sede sobre este texto en el que los comentarios, críticas y sugerencias de todos los colegas presentes me han sido de gran utilidad. No puede, sin embargo, dejar de ofrecer aquí la bibliografía básica sobre el tema:

Para la *Vita Constantini*, ver la edición de F. Winkelmann, *Eusebius Werke*, CGS, Berlín, 1975; de la *Vita Constantini* hay ahora traducción castellana: *Eusebio de Cesarea, Vida de Constantino* (traducción de Martín Gurruchaga), Gredes, Madrid, 1994. Sobre el controvertido y difícil proble-

tante, la norma es que el cadáver, o la urna, sea trasladado en un momento determinado, al mausoleo. Adriano, muerto en Baiae y enterrado en una villa de su propiedad en Pozzuoli, fue trasladado luego al sepulcro de Roma; el mismo caso se dió para Tito o el propio Domiciano, que acabaron en el *Templum Gentis Flaviae*, tumba de la familia.

La idea dinástica, no hace falta insistir en ello aquí, fue uno de los pilares de la política del primer Emperador cristiano. Constantino es el Sol –“y tus hijos –dice Eusebio– son como los rayos que se proyectan sobre la tierra”. Políticas matrimoniales, reparto del poder– Constantino I César en Occidente, Constante en Centro Europa, Constancio II en la *Pars Orientis*. Este sentido dinástico se reafirma si cabe más con Constancio II, el segundo de los hijos de Constantino, Emperador que culminó el proyecto del mausoleo / iglesia de los Santos Apóstoles de Constantino en la Nueva Roma. No creo que se pueda dudar de que en la mente de Constantino estaba el hacer de su tumba una tumba familiar, compartida con sus hijos y allegados. En Roma, es cierto, había dejado un mausoleo para su madre, Helena, construido en terrenos suyos entre el 324 y el 327, fecha de la muerte de su madre. Pero, fundada Constantinopla, creada la nueva ciudad, su ciudad, la ciudad de su nombre, Constantino debía tener en ella, como fundador, su mausoleo. Allí, en efecto fue enterrado él; y poco más tarde Eusebia, la mujer de su hijo Constancio II, en el 360; el propio Constancio II al año siguiente, el 361; y una larga serie de Emperadores y miembros de la familia

ma del Mausoleo de Constantino en Constantinopla ver J. Arce, *Funus Imperatorum*, Madrid, alianza Forma, 2ª ed., 1990.

Los textos básicos para los acontecimientos políticos de los años tratados aquí se encuentran:

Sobre Tarraco: G. Alföldy, *Die Römische Inschriften von Tarraco*, 2 vol., Berlín, 1975; X. Dupré et alii (TED'A), Un abocador del segle V d.C. en el Forum Provincial de Tarraco, *Memòries d'Excavació*, 2, Tarragona, 1989; X. Dupré, New evidence for the Study of the Urbanisme of Tarraco, in *Social omlpexity and the devolpment of tous in Iberia* (ed. D. Cunliffe-S. Keay), *Proceeding British academy*, OUP, 1995, p. 355-369; *Miscel·lània Arqueològica a J. M. Recasens* (ed. X. Dupré), Tarragona, 1992.

Sobre Centcelles: H. Schulunk, Die Mosaikkuppel von Centcelles, DAI (Madrid), *Madridrer Beiträge*, BD. 13, Madrid 1988 con notas y comentarios de A. Arbeiter;; Hauschild/Schlunk, *MM*, 2, 1961, p. 119-182; Hauschild, *MM*, 6, 1965, p. 127-138; *AA*, 1966, p. 86-92; *Actas del VIII Congreso Internacional de Arqueología Cristiana*, barcelona, 1972, p. 333-338; Schlunk, *ibid.*, p. 459-476. Mi primera discrepancia con la tesis de Schlunk/Hauschild, fue publicada en *AEspA*, 50-51, 1977-78, p. 253-268; he insistido sobre ello en otras ocasiones y con otros argumentos: *AEspA*, 1993, p. 265 ss. Las ilustraciones: Schlunk, *Mosaikkuppel*, vol. 2.

En fin: Ahora resulta fundamental el artículo de R. Warland, Status und Formular in Repräsentation des spätantiken Führungsschicht, *RM*, 101, 1994, p. 175 ss., que abunda de forma convincente en la misma línea de lo expresado en este artículo, aunque defiere de mi interpretación en el hecho de que no cree que se trate de un obispo o cargo eclesiástico. Creo que el artículo de Warland sienta las bases complementarias a lo defendido por mí y creo que es una prueba más de que Centcelles no pertenece –ni tiene por qué pertenecer– a la esfera imperial.

JAVIER ARCE

imperial –Joviano, Flacilla, Valentiniano, Teodosio, Eudocia– incluso el propio Juliano, el pagano, sobrino del gran Cosntantino, mereció ser trasladado allí desde su primera tumba en Tarso de Cilicia. En un momento u otro, más tarde o más temprano, los cadáveres de los Emperadores del siglo IV, fueron trasladados a este gran panteón familiar, cristiano, símbolo de la dinastía que inauguró una nueva era para la iglesia y el Imperio. De los traslados y de los enterrados allí nos dan cuenta las fuentes literarias contemporáneas o bizantinas, el *Necrologium imperatorum* de Constantino Porphyrogeneta o el *Necrologium* de Nicolas Mesarites. En ellos, sin embargo, no aparecen dos de los tres hijos legítimos de Constantino: ni Constantino II, el mayor, ni Constante, el más pequeño. Parece como si el carácter dinástico del mausoleo de la Iglesia de los Santos Apóstoles sólo hubiera servido para uno de sus hijos y para el sobrino; y posteriormente para los Emperadores cristianos que se querían asociar así, no tanto a la dinastía real, sino a la dinastía cristiana fundada por Constantino.

Esta aparente contradicción o paradoja, tiene, a mi entender una fácil explicación. En ninguna parte, en ninguna fuente antigua, en ninguna crónica, en ningún *catalogus sepulchrorum*, existe mención de dónde fueron enterrados Constantino o Constante, los dos hijos de Constantino. Ello es altamente significativo. Las crónicas, descarnadas, sucintas, escuetas, no dejan nunca de registrar ese hecho fundamental para la memoria y que pertenece también al honor de una sepultura digna, acorde con el status imperial: el lugar, el mausoleo, la Iglesia dónde ha sido enterrado el difunto. Y cuando las crónicas no lo señalan, disponemos de otra u otras fuentes que lo mencionan. El hecho de que no aparezcan ni Constante ni Constantino I se explica justamente por el carácter violento de sus muertes y probablemente por la consiguiente desaparición de sus cadáveres. No hay por tanto memoria de su tumba. Para el caso de Constantino II tenemos evidencia precisa: como resultado de la guerra contra su hermano menor, Constante, Constantino II murió en las proximidades de Aquileia: su cuerpo fue arrojado al río Elsa y no hallado: *obtruncatus est proiectusque in fluvium, cui nomen Elsa est, non longe ab Aquileia*. Diez años más tarde, en el 350, Constante sufrió igualmente una muerte violenta. Nos interesa aquí especialmente conocer con el mayor detalle posible cómo sucedió.

18 de Enero del año 350 d.C. En Autun (*Augustodonum*), en pleno corazón de la Galia, en plena estación invernal, se celebra un banquete en honor del cumpleaños del hijo del *comes Marcellinus*. Asisten, entre otros, los jefes del ejército de la Galia. Invitado especial, *Magnus Magnentius, comes rei militaris* de los ejércitos de la Galia. En un momento dado se retira de la fiesta y vuelve llevando la púrpura imperial. Todo estaba preparado. Es aclamado allí mismo como Augusto. Poco más tarde el pueblo de Autun confirma la usurpación. Algunos historiadores señalan que esto ocurrió mientras Constante, el hijo de Constantino, el Emperador legítimo de las provincias occidentales, estaba cazando en las cercanías de la ciudad. Enterado de la noticia e intentando escapar del

peligro, huye hacia el sur, hacia Hispania. Al llegar a la localidad de Elne (Helena), a 13 kms. de Perpignan, es bloqueado por un contingente de tropas enviadas por Magnencio al mando de Gaisso. Allí mismo fue asesinado. Constante debió de enterarse de la noticia de la usurpación al día siguiente o a los dos días del hecho, el 19 o el 20 de Enero. Hizo los preparativos de su comitia y debió recorrer la vía de unión de *Augustodonum* con *Lugdunum* (Lyon). Y de allí seguir la *vía principalis* hasta Arlés. Allí tenía dos posibilidades: dirigirse a Italia por la costa –camino largo y peligroso por los rigores del invierno– o dirigirse a Narbona y luego a Hispania por una vía costera más fácil y de clima más favorable. Decidió esto último. Pero apenas llegó a vislumbrar los Pirineos. Sabemos que Constante huía con el tesoro imperial, con la ceca itinerante que incluía más de 2.000 *solidi*, descubiertos, considerados el llamado “tesoro de Portugal”. Si tenemos en cuenta la distancia recorrida podemos pensar que emplearía de diez a doce días en llegar a Elne. Su muerte debió ocurrir a comienzos de Febrero del 350. ¿Para qué o por qué huyó hacia Hispania? He escrito en otra ocasión que porque posiblemente sabía que contaba con aliados seguros en la *diocesis hispaniarum*. Hoy he matizado mi propuesta. Por un lado creo que Constante buscaba el camino más seguro y rápido y el factor sorpresa: Llegando antes de que se recibiese la noticia, Constante podía tomar una nave hacia Italia o Africa. Constante huyó porque sabía que era tremendamente impopular entre la población de la Galia y especialmente entre el ejército.

Constante era un homosexual. Se había aficionado a los bárbaros *euprosopoi*, de bellas facciones, dice Zósimo. *Ad gravia vitia conversus*, señala Eutropio. Y Aurelio Victor, menciona cómo amaba a los jóvenes rehenes bárbaros (*pueros venustiores*) hasta el punto –dice– de ir contra natura. Pero su descrédito no residía sólo en este hecho. Había intentado reestablecer la disciplina de las tropas, había devaluado la moneda, había promulgado leyes contra el paganismo. Historiadores como Zósimo consideran su gobierno como una verdadera tiranía y origen del desastre de las provincias que gobernó. Asesinado violentamente en un perdido *castrum* del sur de la Galia, no volvemos a saber nada más de él ni de su tumba, ni del destino del cadáver. Sólo una referencia años más tarde en Atanasio, sobre la que volveremos más adelante. Pero la lógica de los hechos históricos paralelos se impone y razonablemente nos lleva a pensar que el cadáver de Constante, el odiado y odioso emperador, no recibiese sino el trato que acostumbraban a dar los *militarotes* de los ejércitos bajo-imperiales a los derrotados: cortarles la cabeza, clavarla en una lanza, pasearla por las provincias, arrojar su cadáver a un río (recordemos el *Tiberius ad Tiberim* de Suetonio o la muerte de Heliogábalo, o la más cercana de Majencio en el puente Milvio –Constantino envió su cabeza a Africa para dejar claro que él era ya el Emperador de Italia y Africa; o el cadáver de Constantino II arrojado al río Alsa en Aquileia ; por su propio hermano!). Ningún mausoleo para Constante. Y ni tampoco su hermano, Constancio, pudo hacer nada por él; ni trasladarlo al mausoleo familiar de Constantinopla, como no pudo hacer nada con el mayor, muerto en Aquileia y desaparecido. Lo

que sí podemos concluir, tras esta primera parte, es que los esbirros de Magnencio que atentaron contra la santísima dignidad imperial –Constante era *Augustus*– asesinándolo brutalmente, no prepararon para él un mausoleo digno y menos en las cercanías de Tarraco (a unos 250 Km.) –¿Porqué? ¿Para qué?– Gaisso mereció, por su acción, ser elevado al rango consular al año siguiente como colega de Magnencio. Constancio no reconoció este nombramiento. Si al menos Gaisso hubiera dado honores fúnebres dignos a Constante quizás podía haber sido perdonado. Pero su acto fue un delito de *maiestas* justamente de los que Constancio no perdonaba jamás. Los testimonios abundantes del historiador Amiano así lo demuestran.

Vayamos ahora a Tarraco. En realidad, y como se ha visto, Tarraco es marginal a toda esta historia, vista desde la documentación antigua. Pero esta ciudad ha sido traída a colación por los arqueólogos modernos; especialmente en lo que se refiere a una de las *villae* de su territorio.

El escritor cristiano Lactancio crítica despectivamente al Emperador Diocleciano (284-304) por su manía de construir y reconstruir (*infinita cupiditas aedificandi*). Era cierto, sin embargo, que hacía falta construir y reconstruir a todo lo largo y ancho del Imperio a fines del s. III d.C. Y no tanto por el efecto de las razzias de pueblos bárbaros, sino por la incuria de los mismos emperadores que pueblan los años que van desde Septimio Severo al propio Diocleciano. Que hay que edificar y atender a los edificios lo recuerdan las leyes del Código Teodosiano; y lo requerían los múltiples edificios que o se caían de viejos o habían sufrido incendios u otros accidentes. Diocleciano reconstruyó y embelleció la *Curia Senatus* del Foro Romano; y multitud de inscripciones de Oriente o de Africa atestiguan su actividad edilicia. Ahora bien; esta práctica es más una virtud que un defecto. Significa ocuparse de la ciudad y de sus ciudadanos; de los dioses y de sus santuarios; de la administración y de la subsistencia. Y es confirmación de una tradición inherente al Emperador: su magnificencia, su *liberalitas* y su amor al pueblo. *Tarraco* ofrece ejemplos de este afán de Diocleciano que, en definitiva, resultó positivo para la ciudad.

Iulius Valens, *praeses* (gobernador) de la provincia de Hispania Citerior, dedica a los Augustos Diocleciano y Maximiano una inscripción porque los Emperadores mandaron hacer (*feri iusserunt*) el pórtico de lo que se ha pensado razonablemente era la basilica *Iovia: porticum Ioviae (basilicæ?)*. Esta inscripción proviene del Foro y su cronología se sitúa entre el 286 y el 293. Parece también obvio que la edificación poseía la intencionalidad de recordar a la divinidad protectora del *senior* Diocleciano, que era *Iovius*, en contraposición a su colega Maximiano, que era *Herculius*. De fecha un poco posterior son dos fragmentos de inscripciones hallados o provenientes del anfiteatro que Alföldy fecha en época constantiniana (307 - 337) y que recuerdan la reconstrucción de la arena. Esta vez es el *ordo Tarraconensium*, los representantes del pueblo de *Tarraco*, el que agradece tal acción. Del mismo modo, en esta primera mitad del s. IV, Mar-

cus Aurelius Vincentius que era *curator reipublicae Tarraconensis*, reconstruyó las termas montanas (*Thermae Montanae*) de la ciudad.

Esta evidencia, aunque escasa, nos permite con cierta seguridad afirmar que en Tarraco, en la primera mitad del s. IV –diganos genéricamente en el período constantiniano– hay, o hubo, una cierta actividad edilicia que atendió a la reparación o adecuación de los edificios de interés público o ciudadano: termas, basílicas, anfiteatro. Permite igualmente observar la vitalidad de su *curia*, el *ordo Tarraconensium*, y nos hace percibir la importancia y poder de los gobernantes locales: el *curator reipublicae*, el *praeses* de la *Provincia Citerior*, presentes en la capital.

Aún hay más. Otros epígrafes atestiguan, cómo en los mejores tiempos de esplendor de la ciudad, la dedicación de estatuas públicas a los Emperadores de la época, Maximiano, Diocleciano, Licinio, Crispo, Constantino. Los dedicantes son, obviamente, los gobernadores provinciales que tienen su sede en *Tarraco*. Por ejemplo, Badius Macrinus (2 veces); Valerius Iulianus, Septimius Acindynus. Sabemos poco de estos individuos sino es su cargo. Del último, Acindynus, podemos reconstruir su carrera: *vicarius* de las Españas, Prefecto del Pretorio en Oriente, cónsul finalmente. Personajes potentes, ricos, cercanos al Emperador, inmersos en el círculo de influencias para hacer carrera o promocionar amigos o familiares. Y sobre todo ostentatorios y jactanciosos de sus posesiones, aduladores, proclamando siempre la fidelidad y devoción del Emperador. Propietarios de *villae* lujosas, Acindynus construyó una en Bauli (Italia) que luego le compraría Símaco. Hacían de sus casas campestres su pequeño mundo y residían en ellas temporadas recibiendo amigos y familiares.

De estos primeros años del s. IV de *Tarraco* sabemos bien poco más. Su anfiteatro serviría no ya para los espectáculos gladiatorios, sino para las *ventiones* o cacerías, que tanto apasionaban al público tardorromano. Su imponente circo era aún útil para las carreras. Edificios, casas, basílicas, estatuas eran recuerdos de un pasado esplendoroso que, aunque a veces en estado olvidado o ruinoso, hacían honor a la colonia, capital de la provincia tarraconense. Pero no conviene olvidar que *Tarraco* había sido degradada por la reforma administrativa de Diocleciano. Mérida era ahora la gran capital de la *diocesis hispaniarum*, donde residía el *vicarius*. Era a Mérida ante la que se tenían que inclinar todas las demás capitales provinciales, como diría a fines de siglo el poeta Ausonio: *Emerita... submittit cui tota suos Hispania fasces*. Pero *Tarraco* sigue siendo una *civitas* notable, bien comunicada, con salida al mar, visitada al menos una vez al año por el *vicarius* y su séquito. Era la residencia del *praeses* de toda la provincia, encargado principalmente de la administración de la justicia y de oír los casos y quejas de los provinciales. Una ciudad ella misma provincial, provinciana, de vida monótona y regular, cuyo principal problema era la distancia, el alejamiento de los centros de poder, de la corte imperial; su obstáculo era precisamente ser periférica. Las noticias de los grandes acontecimientos llegaban tarde y mal con dos, tres o más meses de retraso. Ningún Emperador visitó nunca *Tarraco* en el siglo IV y el último que lo había hecho fue Adriano dos siglos antes. Por eso, el verdadero

acontecimiento de la ciudad era la llegada —*adventus*— del *vicarius* o del gobernador de otra provincia. Peter Brown ha escrito recientemente sobre “el miedo al aislamiento” de los gobernadores del vasto Imperio Romano, separados de los contactos esenciales que los altos funcionarios consideraban los elementos básicos de su vida. Se venía a la ciudad a administrar justicia, a recoger las tasas como vívidamente describen los *Hermeneumata Pseudositheana*.

Esta ciudad en éste período constantiniano, no se destaca especialmente por su comunidad cristiana. Como señala G. Alföldy los comienzos de la necrópolis cristiana deben situarse en la segunda mitad del s. IV y la inscripción fúnebre cristiana más antigua de *Tarraco* data del año 352. En el Concilio de Elvira, celebrado en el 314, al que asistieron 19 obispos y 24 presbíteros de toda Hispania, no hubo ninguno de *Tarraco*. No es que no hubiera cristianos en *Tarraco* en los primeros años del s. IV. El episodio de Fructuoso y sus compañeros mártires prueba que ya en el s. III existía al menos una pequeña comunidad cristiana. Pero el paganismo convivió con *Tarraco* mucho tiempo aún hasta bien entrado el s. V, como ha subrayado Alföldy, recientemente en la Miscelánea Recasens.

El territorio de *Tarraco*, como el de otras muchas ciudades capitales de época tardorromana, estaba poblado de *villae*. Entre ellas una, Centcelles, a 5 kms. al Noreste de la ciudad. Una más entre otras. Con depósitos y termas. No completamente excavada, pero que es el centro de esta investigación.

Es mérito indudable del Instituto Arqueológico Alemán el haber excavado, estudiado, reconstruido y restaurado el complejo de Centcelles. Y es mérito específico del Prof. Schlunk y Th. Hauschild haber profundizado el estudio de todos los problemas de Centcelles proponiendo al mundo científico, no sólo excelentes monografías con toda la documentación necesaria, sino soluciones e hipótesis que tratan de explicar el valor, la historia y la función de este maravilloso complejo de arquitectura y arte de la tardía Antigüedad. Trataré de ser breve yendo a lo esencial de mis argumentaciones, intentando describir lo que quizás ya conocen.

La zona de la villa de Centcelles ahora conocida es de unos 90 mts. de largo y consiste en una serie de habitaciones y unas termas alrededor de una habitación circular de planta centrada y un tetracono. Esta habitación, poco tiempo después de su construcción, que inicialmente fue pensada como un vestíbulo de las termas, se convirtió —proponen los arqueólogos— en un mausoleo, añadiéndole una cripta subterránea y una decoración adecuada a su nueva función. A la cripta se llega por una estrecha escalera de 40 cm. de ancho. Es rectangular y mide 3 m. x 3. Su bóveda es alta 2,27 m. y no tiene ni tuvo decoración. Debajo de ella hay otra cripta más pequeña, que probablemente sirvió para retener las aguas.

La decoración de la cúpula de Centcelles, su programa iconográfico es lo más espectacular del conjunto. Presenta, como es bien sabido, escenas de cacería, personajes que participan en ella, escenas bíblicas, estaciones, puti y, en la cúpula, cuatro escenas con individuos sentados que asisten a diversos actos. No es el caso describirlos aquí todos. Para ello se puede ver el excelente y detalladísi-

mo volúmen de Schlunk. Yo me voy a concentrar en dos o tres puntos conflictivos nada más.

La decoración, la magnífica y riquísima decoración de Centcelles, la reutilización de la sala circular en una fecha que la arqueología data de mediados del s. IV d.C., animaron a Schlunk a proponer que el Mausoleo de Centcelles fué dispuesto para ser la tumba del Emperador Fl. Iulius Constans, hijo de Constantino, muerto a manos de los enviados del usurpador Magnencio, a fines de Enero del 350 en las cercanías de los Pirineos. Schlunk dejaba sin respuesta algunos interrogantes importantes. Por ejemplo: ¿Por qué fué trasladado el cadáver de Constante a una *villa* a 250 kms. del lugar de su muerte? ¿Quienes lo trasladaron? ¿Cuando sucedió este hecho? ¿Inmediatamente después del asesinato o meses, años, más tarde? ¿Por qué no se menciona en ninguna fuente antigua el lugar del enterramiento? ¿Por qué no fué enterrado en el lugar en el que murió? o, al menos, ¿Por que no se le hizo allí mismo un cenotafio o monumento de recuerdo como era la costumbre en la historia imperial romana? Porque, por ejemplo, sabemos que Germánico murió en Antioquía y fué enterrado en Roma; pero en la ciudad dónde murió tenía un cenotafio - teste, Tácito. Conocemos el cenotafio de Druso en Germania, aunque también fué enterrado en el Mausoleo de Augusto. Severo Alejandro (222 - 235) murió en Germania. Se le hizo allí un cenotafio y luego tuvo una tumba en Roma. Gordiano III (238 - 244) murió en las llanuras de Mesopotamia. Allí los soldados le construyeron un *tumulus*; luego sus cenizas fueron trasladadas a Roma. Juliano en el transcurso de la campaña persa, pudo aún ver el *tumulus* en las cercanías de Zaitha.

Pero Schlunk tenía varios argumentos: primero la iconografía de la cúpula de Centcelles, rica de alusiones y simbolismo imperial, a su entender; un retrato, el retrato supuesto del dueño o del difunto, que él identificó con Constante; y un texto de Atanasio que le pareció que apoyaba su propuesta. Ninguno de los tres son argumentos suficientes ni decisivos. El texto de Atanasio dice lo contrario de lo que interpretaba Schlunk: En un contexto polemista, Atanasio increpa a Constancio II, ocho años después de la muerte de su hermano: "Y él se atrevió a ser impío con su hermano; porque por un lado dice que le está construyendo un *mnemeion*, y por otro entrega a su hermana Olimpías como esposa a los bárbaros". En el 358, Constancio seguía siendo "asebés" con su hermano: disimulaba que le estaba construyendo un cenotafio, pero en realidad su preocupación era otra, hacer política matrimonial con la hermana de Constante y entregársela al rey de Armenia, Arsaces. Si Constante hubiera tenido ya, un mausoleo o *mnemeion*, el de Centcelles, hecho por quien fuera, Atanasio no podía haber hablado así. Se requería aún, en el 358, un acto de piedad para con el Emperador asesinado en Galia, al menos, un cenotafio que recordase con dignidad su rango imperial.

Esta interpretación, que yo propuse ya en 1977, del texto de Atanasio en un artículo publicado en *AEspArq.*, ha sido aceptada por algún discípulo de

Schlunk y ha provocado, o mejor, originado una nueva propuesta para Centcelles que es la defendida por Arbeiter y D. Korol. Sobre ella volveré más adelante.

Por lo que se refiere al retrato no puedo más que reconfirmar lo que escribí hace años. Este retrato (fig. 2), si es que lo es, no puede corresponder al retrato de Constante —muerto a los 27 años, imberbe en la moda de la iconografía imperial constantiniana (figs. 3 i 17)— sino más bien, por el estilo, está mucho más cerca de la época valentiniana-teodosiana. Mis argumentos sobre el retrato han sido también aceptados por Arbeiter.

A Schlunk le quedan aún otros elementos claves a resolver. Desde el punto de vista de la iconografía quiero resaltar dos : las iniciales que aparecen en el lomo de uno de los caballos, LC, no satisfactoriamente resueltas (fig. 4). Y las escenas de la parte superior de la cúpula con las escenas de los llamados “tronos”.

Parece evidente que las iniciales LC que aparecen en el caballo de Centcelles deberían ser las iniciales del propietario de la yeguada y , probablemente, del propietario de la *villa* o el enterrado en el mausoleo. Constante se llamaba Flavius Iulius Constans. En la prosopografía de los personajes ilustres de la época encuentro Lucius Aconius Callistus, L. Castrius Constans, Lucilius Constantius, Lucilius Crispus, posibles candidatos, pero cuyos nombres no pueden ni podrán nunca, con certeza, ser atribuidos al propietario de Centcelles. Pero sí que hay una cosa segura : LC no pueden ser las iniciales de Flavius Iulius Constans.

Las escenas de los personajes sentados en “tronos”. Son escenas de difícil interpretación por su mal estado de conservación. Se trata de 4 escenas que podríamos llamar de “investidura”. En cada una de ellas hay un personaje sentado en una *cathedra*, nótese que yo no lo llamo “trono”, ricamente vestido que ofrece la mano derecha a otro, representado más pequeño, pero no un niño, como han interpretado los alemanes. Al personaje sentado lo flanquean tres o cuatro asistentes / ayudantes que contribuyen a la ceremonia llevando diversos objetos —una jarra, una caja, vestidos, rollos, *codicilli*—. Estos objetos están destinados al personaje que, más pequeño, inclinado, recibe con reverencia los mismos. Parece que no se trata de un solo personaje representado 4 veces, sino que cada retrato es de un individuo diverso. H. Schlunk no dió nunca una propuesta para estas cuatro escenas. Se limitó a describirlas en dos notas, ahora publicadas como tales por Arbeiter. Y ha sido éste quien ha dado la nueva interpretación de Centcelles.

Convencido de que los argumentos de Schlunk no eran suficientemente sólidos, ha tratado de encontrar otra salida conservando, en esencia, la idea de que Centcelles es el Mausoleo de Constante. La solución de Arbeiter significa un paso hacia adelante en forzar la hipótesis al máximo : El Mausoleo de Centcelles fué promovido por su propio asesino, Magnencio, en un intento de conciliación con el Emperador legítimo, Constancio II —defiende Arbeiter— y en la cúpula del monumento se expresó esta deseada (aunque nunca cierta) *concordia imperatorum*, representándose en ella Magnencio —el usurpador y asesino—; Constancio II, el Emperador legítimo al que había que aplacar; Vetranio, usurpador de circunstancias por un período de 8 meses; y Decencio, hermano de Magnencio,

nombrado César de las provincias occidentales en Agosto 350. Demasiados problemas sin resolver.

Primero: ¿Por qué hacer un monumento de propaganda pública para que lo conozcan todos, por qué proclamar la *concordia imperatorum* a 5 kms. de *Tarraco*, una ciudad distante de todos los centros de poder?

Segundo: la decoración del Mausoleo debió de comenzar después del nombramiento de Decencio Cesar, esto es, en Agosto del 350. En Diciembre, Vetranio, el usurpador en *Illyricum*, cedió su poder a Constancio que le perdonó.

Tercero: lo que hizo Magnencio ¿fué un cenotafio o la tumba de Constante? ¿Dónde estuvo el cadáver de Constante desde Enero hasta Julio del 350?

Cuarto: ¿Por qué Atanasio dice años más tarde que Constancio no ha hecho nada por Constante si ya estaba enterrado o tenía un *mnemeion* en Centcelles, honrado con la iconografía de la cúpula?

Quinto: Es cierto que Magnencio trató por todos los medios —embajadas, misivas, etc.— de convencer a Constancio de lo que aceptara como colega. Pero es cierto también que colocarse en lugar preeminente en Centcelles junto con otro usurpador y además con su César, no podía crear en Constancio más que el efecto contrario a la *concordia*. Sabemos que, si hay algún rasgo en la concepción del poder de Constancio, es su intolerancia con los usurpaciones o la posibilidad de compartir el poder. Recordemos el aplastamiento de la rebelión de Silvano en Galia; la muerte fulminante de su primo Galo, por la simple sospecha de que tentaba el poder; la guerra que preparó contra Juliano cuando supó de su usurpación en Galia.

Y en fin, el juicio terminante de Amiano en varias ocasiones: *sub eo nemo celsum aliquid acturus* (21.16.3); y *Imperatoriae auctoritatis cothurnum ubique custodiens* (21.16.9).

Sexto: En fin; lo verdaderamente absurdo y contradictorio que sería el haber asesinado violentamente a un rival e inmediatamente honrarlo con un espléndido monumento con un detalladísimo y refinado programa iconográfico que lo ensalzase en todas sus virtudes y cualidades.

Pero hay más aún. Arbeiter propone una interpretación de las cuatro escenas con “tronos” de Centcelles: **Escena C 5** (Norte) (fig. 5): El soberano con herma aparece en ceremonia de autodistinción —quizás con una diadema. Arbeiter ve aquí a Magnencio. **Escena C1** (sur) (fig. 6): disminuido en su rango con un *mappa*, al que se acerca un individuo con un vestido azul: Constancio II; **Escena C7** (fig. 7): Vetranio, recibiendo el homenaje de un bárbaro; y **Escena C3** (fig. 8): Decencio asistiendo a la ceremonia del nombramiento “de un niño para su alta función oficial”.

Tres observaciones a este propósito en mi opinión básicas: para mí resulta claro que en las escenas llamadas de los tronos se desarrolla una ceremonia de investidura. Un individuo recibe los signos externos de su nuevo cargo o nombramiento o función: vestidos, cajas, un *codex* o *codicillum*. En la C7 —muy mal conservada— la escena debió ser la misma y no un acto de sumisión de los

bárbaros. Estos individuos no son niños. En la iconografía aúllica tardorromana los personajes subordinados, de menos rango, se representan más pequeños, pero no porque sean niños, sino a causa de la distancia de su status con el que concede la función o el cargo. Recordaré sólo aquí el *missorium* de Teodosio (fig. 9).

Los personajes sentados lo están en un tipo de trono que con toda certeza podemos decir que no es el trono del Emperador. Su forma curva, característica, pertenece al ámbito eclesiástico, a la *cathedra* episcopal o al mundo “civil”. El Emperador en la iconografía tardía aparece siempre sentado en el *tribunal* o en la *sella curulis* (fig. 10). El tipo de trono de Centcelles, por otro lado, nos lleva a una cronología, por paralelos, posterior al año 350 d.C. Los modelos pueden ser la cátedra de Maximiano (546-554); el evangeliario de Milán del s.V (María sentada recibiendo a los Reyes Magos); y los ejemplos que Arbeiter propone como paralelos son todos también del s.V y del VI, a excepción de uno: el carro de Galerio en el arco de Tesalónica (fig. 15). Pero este es un modelo mal elegido: la forma curva del asiento del carro, primero, no es el asiento propiamente; y, segundo, no se trata de un trono. En los dibujos de la *Notitia Dignitatum* (fig. 16), la *carruca* del *praefectus* tiene la misma forma. Además: hay muchos ejemplos anteriores.

Tercero: el Emperador nunca lee, como hace el personaje de la escena C3, los *mandata* a sus subordinados. Entrega el *codicillum* que contiene las órdenes y el *index* correspondiente. Nada más. Además, el Emperador siempre apoya sus pies en un *suppedaneum*, que en Centcelles no aparece.

Por todo lo dicho y recapitulando: Las escenas de Centcelles con *cathedra* representan una investidura o varias investiduras –en un ámbito religioso cristiano: manípulos, vasos sagrados (jarra y patena), relicario (*capsa*), vestimenta, lectura sagrada. Los personajes sentados son eclesiásticos – ¿obispos?– y las escenas son probablemente parte de la propia vida del difunto, de sus diversas fases y nombramientos en las escalas de la carrera eclesiástica: lector, presbítero, obispo mismo.

La sala redonda de Centcelles se utilizó en un momento dado como tumba. La decoración se hizo más tarde, segunda mitad del s. IV; y toda ella respira un ambiente cristiano simbólico propio y digno de un obispo.

Constante permaneció sin mausoleo y sin *mnemeion*, como bien reclamaba Atanasio al impío Constancio, porque su cadáver nunca se encontró como resultado de su muerte violenta. Magnencio, el usurpador, trató mediante embajadas y cartas y propaganda numismática, llegar a un acuerdo de reconocimiento por parte del Emperador legítimo. Pero éste no le dió tregua y lo derrotó en la batalla de Mursa en la más sangrienta ocasión del s. IV. Sólo la historia puede explicar la arqueología. La arqueología, por sí sola, es incapaz de contárnoslo todo.

JAVIER ARCE

Escuela Española de Historia y Arqueología del CSIC. Roma



Fig. 1.- Vista aérea del Mausoleo de Centelles.



Fig. 2.—Retrato del *dominus*.

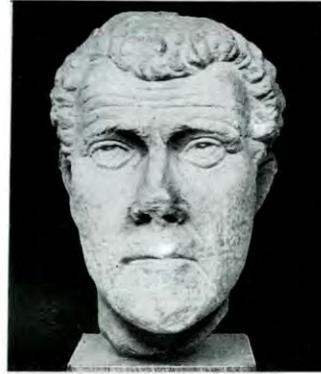


Fig. 3.—Retrato de Constante.

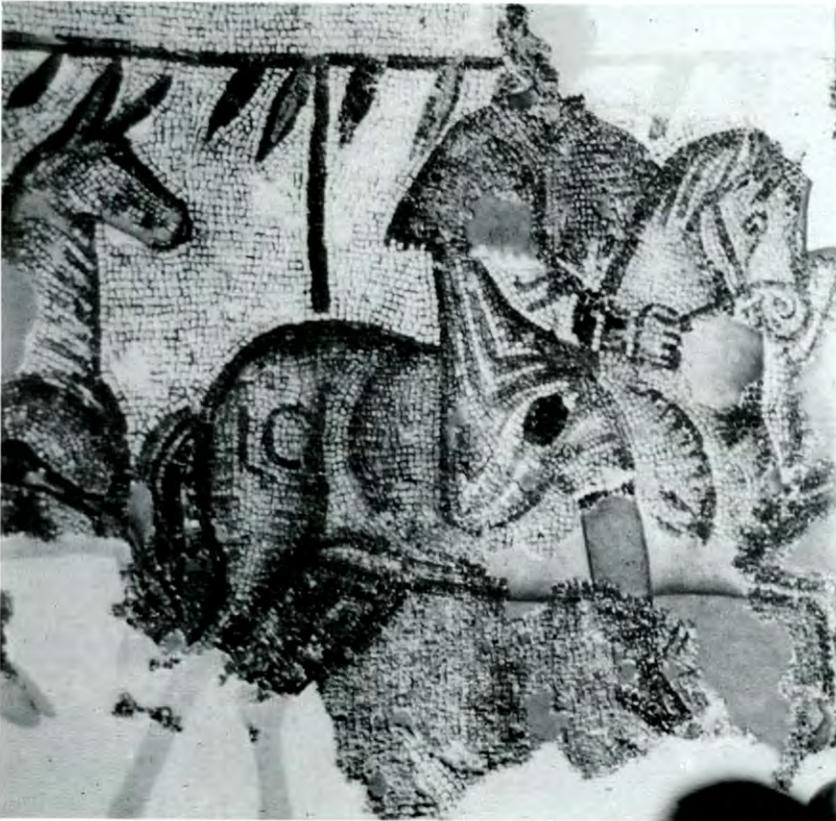


Fig. 4.—El *dominus* a caballo, en la grupa las iniciales.

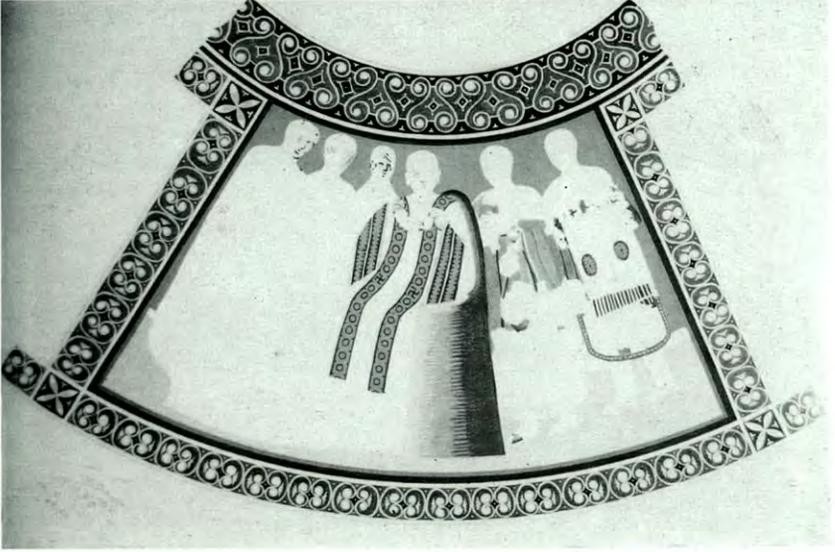


Fig. 5.—Escena de autodistinción (C. 5)

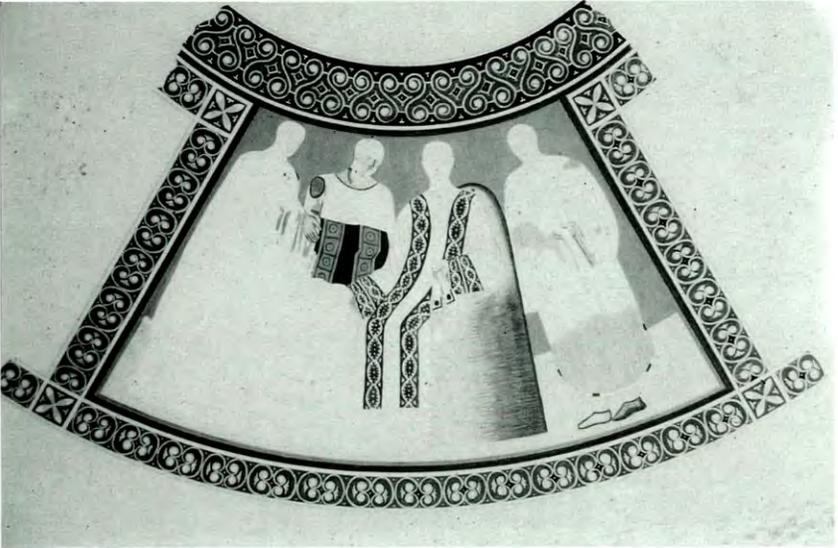


Fig. 6.—Escena de *mappa* (C. 1).

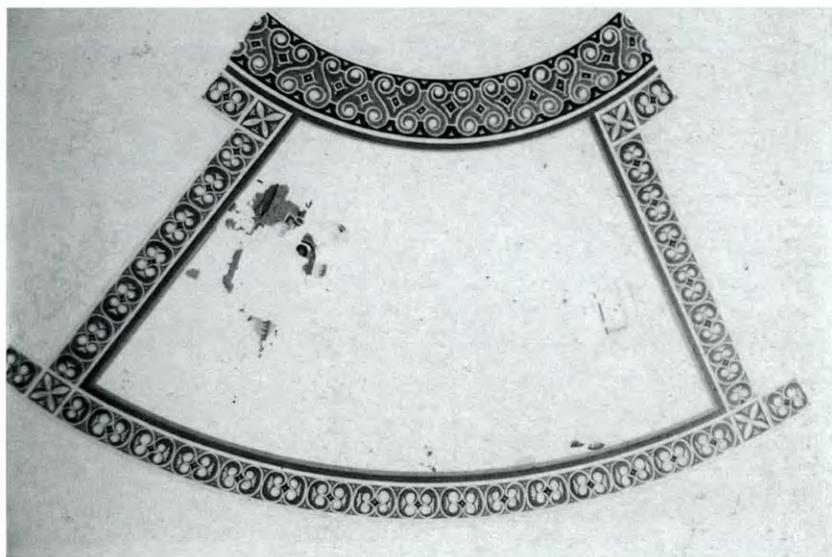


Fig. 7.—Escena C. 7 de la cúpula de Centcelles.



Fig. 8.—Personaje principal leyendo (C. 3)



Fig. 9.—*Mossorium* de Teodosio.



Fig. 10.—Representación del emperador sentado en la *sella curulis*.



Fig. 11.—Relieve del Arco de Galerio.



Fig. 12.—Dibujos de la *Notitia Dignitatum*.



Fig. 13.—Retrato de Constante II.